

V Domingo de Cuaresma (A)

Monasterio de San Benito, Talavera de la Reina, 22 de marzo de 2026

Lecturas: Ezequiel 37,12-14; Romanos 8,8-11; Juan 11,1-45

«Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; ²⁶y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?» (Jn 11,25-26)

Cuando Jesús le dice esto a Marta, le revela la gran verdad, o mejor dicho: la gran realidad que con Él ha entrado en el mundo: que Él es la resurrección y la vida de nuestra vida; que Él mismo vence por nosotros y en nosotros a la muerte, esa muerte que el pecado ha traído a la vida humana desde Adán en adelante; que en Él se nos concede pasar de la muerte a la vida, durante nuestra vida y después de nuestra muerte. Todo motivo de temor y tristeza, todo motivo de desesperación, es barrido por la presencia de Cristo, que en persona es la vida de nuestra vida, la resurrección de nuestra muerte.

Pero esta inmensa y luminosa realidad, que es para el mundo entero, para cada hombre de la historia, es como si llamara a la pequeña puerta de cada uno de nosotros, de la pequeña fe, de la pequeña confianza de cada uno de nosotros. A la pequeña puerta de nuestro corazón, de nuestra libertad, está Cristo llamando y pidiendo entrar, como en el corazón de Marta: «¿Crees esto?». La salvación universal quiere entrar en el mundo a través de la pequeña puerta de nuestra fe, como sucederá la mañana de Pascua cuando el Resucitado se aparecerá a unas mujeres asustadas para llevar el anuncio a los apóstoles, quienes luego lo transmitirán al mundo, hasta nosotros y hasta el fin del mundo.

Pero el hecho de que, en este Evangelio, la pequeña puerta a la que se le pide la fe sea Marta es un signo de una realidad que debe llenarnos de esperanza y alegría, porque Jesús ya ha abierto la puerta del corazón de Marta, ya ha entrado en esa casa, en ese corazón, en esa libertad que llama a creer que Él es la resurrección y la vida de la humanidad. ¿Cómo? De una manera preciosa: su amistad, su familiaridad, su presencia llena de ternura, su presencia cotidiana que desde hace tiempo frecuenta la casa de Marta, María y Lázaro, compartiendo su mesa, su convivencia, sus sentimientos, sus temperamentos tan diferentes, como los de Marta y su hermana. Cristo ya ha hecho familiar su presencia a la humanidad de Marta, María y Lázaro. Y es a la puerta de esta amistad tan humana, tan cotidiana, donde Jesús pide la fe en su divinidad, en su increíble excepcionalidad, en su capacidad de regalarnos una vida que nos resulta imposible.

Y Marta cree en Él porque ha consentido esta amistad, la ha acogido, la ha cultivado, lo mejor que ha podido, como mejor le ha parecido, con su temperamento impulsivo, pero también dejándose corregir cuando imponía a la amistad con Cristo su medida de mujer activa y emprendedora en lugar de permanecer tranquila a sus pies para escucharlo. Marta cree que Jesús es la resurrección y la vida de su vida, y por eso le deja entrar también en el dolor que vive ahora por la muerte de Lázaro: «Señor, ven a verlo» (Jn 11,34).

Pero ahora Jesús, en virtud de esta amistad y de esta fe, le pide que dé un paso más. Marta invita a Jesús a que se acerque hasta delante de la tumba de Lázaro, es decir, hasta la tumba de su gran dolor, hasta la tumba de la imposibilidad de Marta de darse a sí misma y a los demás la resurrección y la vida. Jesús, sin embargo, no se conforma con situarse solo ante nuestra mortalidad: quiere entrar en ella, aunque humanamente la muerte ya sea total, la corrupción de la vida ya se haya consumado. «Quitad la losa» (Jn 11,39). Marta intenta resistirse a este llamado de Jesús, que pide entrar hasta el fondo de la miseria de nuestra humanidad vencida por el pecado y la muerte. Pero Jesús, apelando siempre a su amistad con nosotros, pide una fe sin medida: «¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?» (Jn 11,40).

Así, Jesús puede llevar su oración confiada al Padre y su llamada —«¡Lázaro, sal afuera!» (Jn 11,43)—, es decir, su amistad, la presencia que es resurrección y vida para nosotros, hasta lo más profundo de la muerte y la corrupción de la humanidad.

Así, la humanidad resucita, libre para adentrarse cada vez más en la nueva vida de la amistad de Cristo: «¡Desatadlo y dejadlo andar!» (Jn 11,44).

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori
Abad General OCist